

PERSONA, Política y Sociedad





Claves para una economía de signo personalista

Carlos Díaz¹

1. Contra la 'economía' del doble lenguaje

Acuñamos el neologismo *economía* para fundir los términos ecología y economía, ya indisolubles. Para la visión clásica de la economía el mercado es una institución compatible solamente con las motivaciones egoístas; no mucho más que eso (un sumatorio de egoístas) es el liberalismo económico. Adam Smith sostuvo que fuera de la familia no hay salvación, pues no se da la generosidad, sino que el egoísmo racional es el motor de la economía general. De ahí la imposibilidad de crear un tribunal internacional para los crímenes económicos de lesa humanidad, hoy lejano, pues más bien son los criminales económicos del primer mundo los que juzgan y condenan al resto de la humanidad.

La *nueva cultura empresarial* es el mismo perro liberal-capitalista de siempre con nuevo collar, el de la *ética corporativa* o *moral de la rentabilidad* o *ética de los negocios* con sus correspondientes *códigos de ética empresarial* forrados con la piel de los trabajadores empobrecidos, en los cuales se habla de credibilidad, confianza, calidad, responsabilidad, legalidad, etc., haciendo creer que lo corporativo (la 'familia empresarial') es lo comunitario, por aquello de que *lo que es bueno para la General Motors es bueno para Biafra*, único 'universalismo moral' de quienes identifican sus privilegiados ombligos con los rostros de toda la humanidad. En su orwelliano *doble lenguaje*, los neoliberales, hablan de *win-win-relationships* (relaciones societarias entre ganadores) sin considerar que son muchos más los perdedores que los ganadores, cuando su lema real es el *mors tua, vita mea* del viejo circo de gladiadores. *El negoci és el negoci*, o sea, la maximalización de los beneficios, el dar po-

quísimo para obtener muchísimo, todo eso con ayuda de las leyes que para eso están. El fariseísmo de siempre con remozamiento de fachada cabalga de nuevo frente a la tozuda realidad: más pobres que además son cada vez más pobres. Son empresas productivas en una situación de 'libre mercado' (¿?) que han optado por reinstalar farisaicamente el elemento social y el espiritual en el ámbito capitalista, y que separan el momento de la donación para fines sociales después del momento de la acumulación, algo absurdo porque quien acumula de mala manera no puede compartir de buena manera (sólo compartirá como es debido quien obtenga beneficios de buena forma) haciendo confluír lo sagrado con lo profano a partir de lo profanado mismo.

La economía neoliberal, cuya supuesta función sería procurar a los individuos recursos para realizar su plan de vida, es mero instrumento (*racionalidad instrumental*) al servicio de sí misma. Como dijera hace 160 años Carlos Marx, todavía hoy el trabajador deviene más mercancía cuantas más mercancías produce, más objeto cuanto más objetiva, etc.; la economía sigue siendo dinero que busca más dinero, pero no la expresión de la vida personal misma, su más propio *nómos* (ley moral interpersonal) en su más adecuado *oikós* (ámbito humano), el medio para el *crecimiento humano* de los trabajadores. La economía debería ser un arte, el arte de desarrollar la antropología: dime qué antropología pretendes, y te diré qué clase de economía desarrollas, y no un mero intercambio de mercancías: una economía que no sabe decir *tú* no es sino una declaración de guerra. Una economía que sí sabe decir *tú* vive nuestra reciprocidad *ahora* (en el sentido de Lévinas: *main-tenant, man-tener, sostenerse recíprocamente las manos*). Por corresponder a lo más originario humano, no debe tildarse de *economía de hombres nuevos* a esta economía relacional, a no ser para contraponerla a la de los 'hombres viejos', envejecidos por una economía que enriquece a unos pocos y depaupera a casi todos, reducidos a objeto de mercado, mientras esperan que los propios beneficios actúen como parapetos aislantes respecto de cuanto no son ellos mismos. Pero blindarse, aislarse, es imposible: los países capitalistas industrializados consumen por sí solos el 52% del oxígeno renovable de la atmósfera terrestre, cuando no representan más que el 16% de la población mundial, ¿dónde está el aislamiento, si el aire que respiramos es uno, como dijera Anaxágoras?

¹ Doctor en Filosofía; Profesor de la Universidad Complutense de Madrid; Director de la Fundación Emmanuel Mounier. (Ver más en nuestro link de Autores).

2. La fuerza del 'respeto'

En el origen de cualquier relación económica hay una persona, es decir, una presencia comunicada. Cuantas más relaciones de esta naturaleza seamos capaces de entablar, menos solos y fracasados nos sentiremos. Para que algo acontezca hace falta que acontezca en alguien y, cuando ese alguien se transforma en un 'algunos', el crecimiento pasa a ser exponencial. Quien tiene alguna fe y no la comunica es un apóstata, quien tiene un producto en el que cree y no lo ofrece está faltando al respeto al otro, pues *el respeto es la mirada benevolente (respectum del verbo rescipere)* que dona lo que uno cree mejor para sí: el bien que se posee es bueno si busca su difusión. Corolario: no habrá economía de comunión si sus miembros no se relacionan *ad extra* con la mayor cantidad de gente posible a la que comunicar su presencia, si no tienen a quienes *inter-esar*. Gentes aisladas no 'venden' nada de lo propio, y corren el riesgo final de venderse al enemigo. Gentes interesadas ven en toda persona una ocasión para el encuentro, y en todo evento un lugar para la promoción. Se trata de hacer una red, o mejor, de hacerse uno mismo red y echar la red que ya se es en cada instante de la propia vida, no sólo los domingos por la tarde. Poco a poco se irá confeccionando una agenda de puntos de referencia y se cumplirá fielmente, aunque sea duro: la economía de comunión no es gracia barata; dura y (auto)exigente es la hora de la verdad de esta economía de gratuidad.

3. El respeto expresa el verdadero 'interés'

En una economía de comunión, es decir, antropológica, el *interés originario es el inter esse (estar-entre)* humano, el ser-con-y-para el otro, el cual estará a la base de todo otro interés. En esto consiste su *capital*: en actuar *con cabeza*, capitalmente; esto sí que es verdaderamente capital. Y por eso la vida económica pasa de ser un lugar de confrontación -pues con los amigos no se lucha, de los amigos no se defiende uno- a ocasión de encuentro y realización personal, una demanda creciente del significado del propio trabajo hermanado con el de los demás, capital humano colectivo, vida en común, capital relacional.

4. El 'beneficio' como *beneficium*, es decir, como acción buena que da sin perder y toma sin quitar

Si toda relación humana tiende a ser ganadora y no fracasante, autoderrotante, frustrante, inexitosa, también la relación económica está llamada a ser de suma cero, donde todos ganan y ninguno pierde, es decir, cuando busca ganancias que son *beneficios antropológicos (bene facere: hacer bien, beneficencia, buena eficiencia, beneficios humanadores, algo realmente beneficioso)* y no meramente crematísticos. Esa relación benefaciente y benéfica constituye el primer beneficio; sin ella, todo beneficio económico deviene maleficio. Sólo así cabe en sentido profundo una economía del *non profit* que condivide los beneficios.

Miles de individuos trabajan, producen y ahorran a pesar de todo lo que podemos inventar para molestarlos, estorbarlos y desanimarlos. Les impulsa la vocación natural, no sólo la sed de dinero. El gusto, el orgullo de ver cómo su empresa prospera, adquiere crédito, inspira confianza a cartera de clientes cada vez mayores, amplía sus instalaciones y adecuenta sus sedes... constituyen un resorte de progreso tan potente como los beneficios. Si no fuera así, no se explicaría cómo hay empresarios que en su empresa prodigan todas sus energías e invierten a menudo todo su capital en obtener ingresos mucho más modestos que los que podrían obtener con seguridad y cómodamente invirtiéndolo de otra manera. Nadie negará que un cierto instinto calvinista le es consustancial a todo occidental maduro: allí donde hay capacidad, potencia, auge, autoridad, hay expansión, creatividad, riesgo, aventura, voluntad de poder. Sólo los animales adultos no humanos dejan de buscar más allá de los límites de su instinto, pero la persona no puede renunciar a esa voluntad de poder, aunque deba encauzarla con los demás en beneficio de todos. Mas esa voluntad de poder será solidaria si quiere ser humana: entonces el poder se transforma en sim-patía y en com-pasión.

Así pues, ¿en qué está *inter-esada* la actividad económica relacional autogestionaria, a qué beneficios aspira? En la mejora de todos, y no en el lucro de unos sobre los otros: plusvalía/minusvalía; en el bienestar de los trabajadores (y también en su malestar, en la comunión de males, cuando llegan), en la promoción de sus motivaciones humanas, cuanto más espirituales mejor -no todo es cerveza en la vida-, y en imprimir un giro revolucionario a la historia, impulsando su perfectibilidad operatoria a nivel

planetario. Eso será una economía a la medida de la persona comunitaria, donde se pueda dar sin perder y tomar sin quitar.

Ahora bien, incluso esos beneficios así entendidos serán la añadidura, el efecto, y no la causalidad ejemplar o el motor ideatorio de la relacionalidad económica: serán el resultado felicitario de una vida buena. En efecto, así como la felicidad no puede ser buscada por sí misma, sino que surge como resultado de una vida vivida bajo el signo macarístico (bienaventurante) y eucarístico (agraciador), así también la fertilidad del esfuerzo produce beneficios no buscados y siempre bien venidos, unos beneficios que luego se ponen en común desde una perspectiva de comunión en libertad. Por eso su beneficio es el *bene facere*, el hacer beneficente o bienquerente. Un beneficio a la medida del hombre, y no un hombre a la medida del cálculo de resultados, 'lógica' del beneficio económico que en nada beneficia al desarrollo humano y que es ilógica, aunque tenga muchos valedores, turiferarios, promotores y *managers*. Sin embargo, el empresario que hace de su empresa una cueva de ladrones se arriesga a enterarse al final de su vida que el hijo con el que contaba para sacarla adelante, o no tiene capacidad, o quiere ser poeta. ¿Para qué le sirve acumular todo para depositarlo al final en una fundación, en un capital, o en una galería de arte y contentarse con la 'inmortalidad' de un busto de mármol que ni siquiera tendrá la satisfacción de ver? Aunque de puntillas, hay que decirle que la economía debería ser un momento privilegiado para la amistad y el encuentro, para ejercer la vocación de ser persona, para construir una nueva ciudadanía bajo el signo de la reciprocidad. Por el contrario, el que comete injusticia esclaviza lo mejor de sí mismo.

5. El beneficio como 'don'

La cultura del dar es *donatológica*, agatológica (orientada hacia el bien, que es difusivo), y sólo derivadamente ontológica (orientada hacia el ser, y en su variante del tener). *Homo donans*: quien dice persona dice *don*, y quien dice cultura quiere decir cultura del dar, cultura que va del tener al dar, y del dar al darse, y de este modo para ser más. El donante no pierde lo donado, antes al contrario, cuanto: más se posee tanto más se regala, hay más alegría en dar que en recibir. El don de todos los dones culmina en el darse; a quien no da su yo, al final se lo arrebatan los gusa-

nos. ¡Qué triste es esperar a morirse para compartir! La lucha de muchos contra su muerte sólo tiene por objeto evitar el inevitable don final.

La relación interpersonal del regalo es el verdadero *actus essendi* humano: venimos del regalo y al regalo vamos, al regalo como don sagrado, que el creyente entiende como sacerdocio (*sacer dos*: dote o regalo sagrado para los demás), como ministerio o *minusterio* (aminorarse para magnificar al otro), como profecía (*un bel morire tutta la vita onora*) y como reinado del bien, nunca concluido en este mundo, conforme a los adagios clásicos: *fugit irreparabile tempus* (el tiempo se nos va, si nos descuidamos); *occasio praeceps* (la ocasión es fugaz y hay que aprovechar cada minuto); *gutta cavat lapidem, non vi, sed saepe cadendo* (la gota erosiona la piedra pero no un día sí y otro no, sino cayendo siempre). Y todo eso sin reventar, con esfuerzo creativo, hallando descanso en el trabajo: *in labore requies*.

Que la economía de comunión sea una economía del *trabajar siempre para dar siempre y no solamente cuando se es joven*, puede parecerle heroico o arcangélico a quien se empeña en cultivar desmayadamente el *bene vixit qui bene latuit* (bien vivió el que bien se retiró), ¡eso sí que es arduo, vivir para retirarse y retirarse para no vivir! Sin embargo, la economía del *don ecodúlico* es lo más natural para quien percibe antropológicamente al humano como don por excelencia, y en ello experimenta la gracia. Va a ser verdad que sólo se posee lo que se regala, y que hay más alegría en dar que en recibir.

6. Una economía donde la 'deuda' es 'débito', *debitum* (cumplimiento con el deber)

No regalar sería no asumir el deber (*debitum*), ni la deuda que contraigo con la humanidad, a cuya especie pertenezco. Yo soy responsable de todo y de todos en lo que yo tengo que ser respondente y deudor, nadie debe deber por mí. Esa es la verdadera deuda, de carácter antropológico. Cualquier carga o deuda económica derivará de ahí.

7. Una deuda a la que se concede 'crédito' (*creditum*)

La economía del *nosotros* es una economía de *creditum* (*credibilidad*: creo en ti), de co-laboración con el otro, creencia que el otro procurará no defraudar. Por eso no se mide en la perspectiva supuestamente 'filantrópica', basada en el dar unilateral, de arriba abajo. Ciertamente, también el filántropo cede gratuitamente, es decir, da a los demás; pero gestos así casi nunca generan relación en sentido estricto. La filantropía puede ser una virtud compatible con el individualismo, y muchas veces lo que se llama altruismo es altruismo sin el otro: todo para el otro, pero sin el otro, o de don sin corazón. Este altruismo sin el otro es peligroso, como dijera Séneca en la *X Epístola a Lucilio*: "La locura humana ha llegado al punto de que hacer grandes favores a alguien es peligrosísimo, pues éste, como considera vergonzoso no corresponder, querría quitar de en medio a su acreedor. No hay odio más funesto que el que nace de la vergüenza de haber traicionado un beneficio". No basta con dar, siquiera gratuitamente, pues ello crea dependencia en quien recibe y se presta al sarcasmo de Nietzsche: "Vuestro vecino alaba vuestra ausencia de egoísmo porque saca ventaja de ello". A veces, incluso, -pero no siempre- el altruismo puede terminar degenerando en egoísmo enmascarado. La economía de comunión tampoco se mueve en perspectiva beata, pánfila, o falsamente filantrópica, sino en la *crediticia* basada en el *dar co/laborador, con-fiado* (con la misma *fides*), participado, donde todos dan y reciben, aunque no todos sean capaces de alcanzar las mismas cotas de productividad, pues la dignidad no se mide por el rasero único de la eficacia, el rendimiento, o el resultado.

Con esto tampoco queremos hacer apología de la ineficacia, y menos aún de la insolidaridad, protegiendo a los más vagos. No hacer todo lo que se puede es no querer todo lo que se debe. Muchas veces los peores enemigos de una economía *donatológica* son los propios trabajadores o colaboradores; una práctica ética de la economía no alimenta vagos (no sólo ha de ser ético el dante, sino también el tomante). Es bien sabido que las relaciones adultas sólo pueden ser de igual a igual: si quieres ser mi amigo me lo tienes que demostrar con un comportamiento de reciprocidad, ya que sólo así tenemos la conciencia de pertenecer a un grupo y a una *racionalidad-nosotros*. Lo gratuito no es lo superfluo. La gratuidad del otro me *ob-liga* a él con más intensidad deudora

que ninguna ley o fuerza coactiva externa. Conjugar confianza y rendimiento, he ahí el reto principal de una economía de gratuidad.

Una economía centrada en la persona no puede darse sin una pedagogía en la que no sólo se aprende a vender, sino a no venderse, es decir, a apreciar que mis derechos lo son porque mis compañeros, al asumir sus deberes e incluso al ir más allá de ellos, sostienen alzados y tensos los vientos de la misma tienda de campaña que a todos nos alberga. En una economía tal, quien se limita a dormitar bajo ese toldo sin aportar su deber cumplido debería dormir a la intemperie, no es digno de tener un buen sueño. En una economía de ideales resulta de todo punto intolerable que alguien no rinda porque no se le pague, y sí cuando se le paga; inconcebible alguien impuntual y por tanto obstaculizador de la marcha de la cadena porque no se le pague, pero puntual y solidario cuando se le paga.

8. Una economía que genera relaciones de pertenencia

Tres equipos de fútbol aspiran al campeonato. El primero (A) es el último clasificado, porque la 'racionalidad' de cada jugador consiste en marcar cada cual el mayor número posible de goles: nadie pasa el balón, y todos intentan marcar de modo egoísta. Los directivos del equipo han optado por este tipo de racionalidad, ya que priman en metálico y con promociones cada gol marcado. Los resultados son desastrosos, y el equipo ha perdido todos los partidos (la defensa y hasta la portería se quedaban solas, pues hasta los defensas trataban de marcar). Bajo ese paradigma camina la economía de hoy.

El segundo (B) está en mitad de la tabla. Los jugadores han adoptado el altruismo como norma de conducta, y siempre pasan el balón a su compañero. Pero pierden partidos porque hasta los mismos delanteros, en lugar de disparar desde posiciones ventajosas, prefieren pasar el balón, y no siempre quien chuta es el más indicado. Además, tomar la iniciativa personalmente está 'éticamente desaconsejado'. Sería un franciscanismo mal entendido.

El tercero (C) va en cabeza con su lema 'todos para uno, uno para todos'. Cada cual es importante porque el equipo es importante. Su individualidad cobra relevancia dentro del equipo, sus objetivos

personales son los del equipo. Pero no aparece aquí el valor de la individualidad, no se piensa la relación entre personas que, aun perteneciendo a un grupo, siguen siendo distintas. Parece como si la racionalidad personal hubiese sido puesta instrumentalmente al servicio del todo, por mucho que éste resultase ganador. Por otra parte, el fuerte sentimiento de pertenencia a una *comunidad-we* ¿es compatible de hecho con una apertura universal?

Ante esos ejemplos, ¿cómo pensar, pues, la relación de pertenencia? Como un plan que se cumplirá si cada cual cumple su parte. Pero ¿cómo cumplir el plan, para el que hacen falta comportamientos de confianza, de reciprocidad, de altruismo, de acogida al otro, con el que no nos une ningún vínculo o con el que los lazos son muy tenues? Aquí entra en juego el tiempo, aliado de la paciencia y de la esperanza. No se trata de llenar esta economía de mediocres, ni de constituir la en batallón de los torpes, de forma que el inútil para la economía convencional 'se realice' aquí en su blanda molición, ni de ignorar la dinámica de la reciprocidad comunicativa, sino en las interacciones basadas en la confianza incondicional gracias a las cuales uno se siente impelido a devolver la confianza, es decir, a *co-responder* (palabra que responde es respuesta, respuesta que es co-responsabilidad). El recibir confianza incondicional de los demás nos hace mejores personas; pero si fallamos sistemáticamente a esa incondicionalidad es que no estamos bien, o que no nos inter-esa la relación, y entonces vamos de conflicto en conflicto. Sustraerse a la lógica de la reciprocidad hace retirar la confianza e interrumpe la economía de relación.

9. Una nueva economía política

La economía es política de primer orden. Ser políticos desde el interior de la ética; ir a la política desde el rostro del hermano pequeño, defender a la viuda, al huérfano, al extranjero, al no nacido; querer regalar sin enriquecerse: para eso hace falta mucha mística. Y esa sigue siendo -en cuanto que opción personal, sin fecha de caducidad- la humilde tarea de cada uno de nosotros: la tarea de servir. Vale quien sirve. Como dijera el judío Emmanuel Lévinas, un filósofo que padeció el horror de los campos de concentración y que fue carne de exilio, "el rostro en que el otro se vuelve hacia mí no se deja generalizar; escuchar su miseria que clama justicia no consiste en representarse una imagen, sino en hacerse responsable de ese su rostro ajeno, porque el rostro del otro me recuerda mis obligaciones y me juzga.

Mi posición de yo consiste en poder responder a esta miseria esencial de otro, en descubrir qué recursos tengo para correr en su auxilio". Como políticos y como seres humanos nuestra función sigue siendo la de asumir la responsabilidad del tú; en ese sentido "mi responsabilidad es intransferible, nadie podría reemplazarme. De hecho, la identidad misma de mi yo, en cuanto humano, ha de leerse a partir de la responsabilidad, es decir, a partir de esa deposición del yo soberano, deposición que, precisamente, constituye mi responsabilidad para con el otro. La responsabilidad es lo que, de manera exclusiva, me incumbe, lo que humanamente no puedo rechazar. Esa carga es una suprema dignidad de este único yo no intercambiable que cada uno de nosotros es: yo soy yo en la sola medida en que soy responsable. En esa exacta medida, yo puedo sustituir a todos, pero nadie puede sustituirme a mí, no porque yo sea mejor que nadie, sino porque sencillamente lo que yo debo hacer por el otro nadie puede hacerlo por mí. Tal es mi identidad inalienable de persona. En este sentido preciso es en el que Dostoievski escribió un día: "Todos somos responsable de todo y de todos, y yo más que todos los otros".

El dignísimo filósofo judío Emmanuel Levinas, que fue ejemplo de decencia y de honradez, llegó a decir en este mismo sentido: tú no debes ser mi rehén, yo quiero ser rehén de tú yo, yo no quiero que tú seas extranjero, yo quiero ser extranjero de mi yo en favor de ti. He ahí una gran tarea política: la de asumir humildemente nuestra verdadera condición humana humanando a todos los que -y a todas las que- el mundo ha inhumanizado, a pesar de que muchos digan: "¡Discursos piadosos, palabras generosas! ¡Ya no se puede creer en las palabras, pues no se puede ya hablar en este mundo atormentado! ¡No se puede hablar más, porque nadie puede comenzar su discurso sin dar testimonio enseguida de algo totalmente distinto de lo que dice!" Los individuos mueren, los pueblos pasan, pero queda la dignidad ética, el compromiso solidario, la renuncia a las parafernalias, el menosprecio de ese falso recogerse que no es sino un acumularse para así hincharse. Lo que queda es el carácter ético, y ese carácter ético no se mueve en el decir, ni en el aparentar, sino en el tiempo del ahora, en este ahora en que comienzo a tender mi mano hacia ti, cuando mi mano se hace 'ahora'. Eso es lo que queda.

Ante el rostro del pobre, el dolor se coloca en su horizonte y se refiere al gozo de vivir. A partir de ahí la vida es amada. La necesidad es amada, el hombre es feliz de tener necesidades. Un ser sin

necesidades -un burgués- no sería más feliz que un ser necesitado, sino que estaría fuera de la felicidad y de la infelicidad y dentro del trabajo. Separación que pide presencia, presencia que no puede evitar la separación, vacío que no puede colmarse, y que envía siempre al más allá, no para prolongar infinitamente el más acá, sino para abrir al Infinito que está más allá, nadie puede, en ningún momento, decir: he cumplido todo mi deber... salvo el hipócrita. En este sentido hay una abertura más allá de lo que se delimita; y tal es la manifestación del Infinito. Cuando un pueblo asume esta dignidad y hace de su existencia un compromiso con los pobres de la tierra, ha comenzado a ser voz de los sin voz, silencio fecundo, semilla de una tierra nueva en que todos podamos vivir con la dignidad que merecemos: habitando toda patria como tierra extraña, y toda tierra extraña como patria.

10. Economía ecológica, ecología económica: de la justicia al justo

Justo es alguien que pone su fuerza al servicio del derecho y los derechos y que, decretando en sí mismo la igualdad de todo hombre, a pesar de las desigualdades de hecho o de talentos, que son innumerables, instaura un orden que no existe pero sin el cual ningún orden podría satisfacerlos. Para ello hay que resistir primero la injusticia que cada uno lleva en sí mismo. Por eso el combate por la justicia no tendrá fin. En cualquier caso, ese reino sólo lo alcanzaremos si nos esforzamos: bienaventurados los sedientos de justicia, que nunca serán colmados. Ser justo significa reconocer al otro en cuanto otro, es decir, estar dispuesto a respetar cuando no se puede amar. La justicia enseña que hay un otro que no se confunde conmigo, pero que tiene derecho a lo suyo. El individuo justo es tal en la medida en que procura darle lo que le corresponde. Encuéntrese o no el otro en situación de necesidad o de indigencia, siempre que de su derecho se trate, estoy obligado a darle satisfacción. Del mismo modo, pero en sentido contrario, sería moralmente reprobable torturar a prisioneros para arrancar de ellos confesiones que evitarían a su vez males y bajo otro punto de vista resultarían provechosas. El fin no justifica los medios. Ser justo no significa sino esto: tener una deuda y pagarla, algo común a toda obligación moral, a saber, la vinculación a otra persona de la que por algún concepto soy deudor. No es justo el que se limita a respetar la legalidad, ya que dicha legalidad puede

ser ilegítima si contraviene el orden de lo humano. Ahora bien, para poder decir no a la justicia cuando ésta sea ilegítima tenemos que estar por encima de ella, y este es el motivo por el que se dice que la justicia no nos torna justos, y que son los justos los únicos que pueden construir una verdadera justicia. La justicia pide no solamente hacer 'lo justo', lo justito, sino también hacerlo tal y como lo hace el justo, a saber, con prontitud y agrado, y por eso Aristóteles escribe: "quien tiene tendencia a elegir y a llevar a cabo acciones equitativas y no se ciñe rigurosamente a sus derechos en el sentido de lo peor, pero acepta menos de lo que le corresponde pese a tener la ley de su lado, es un hombre equitativo, y esa disposición de ánimo es la equidad". Ciertamente, sólo el bueno está dispuesto a hacer más de lo justo debido.

La regla de oro del justo reza así: "En todo contrato y en toda transacción, ponte en el lugar del otro con todo lo que sabes y, suponiéndote tan libre de necesidades como un ser humano pueda estarlo, decide si en su lugar aprobarías el intercambio o el contrato". Ponte, pues, desde el primer momento en los zapatos del otro, ponte en el lugar de cualquiera, como si tú fueras cualquiera, como si cubierto por un velo de ignorancia no supieras si estás abajo o arriba y buscas lo justo para todos, descentra tu subjetivismo si deseas ser justo. Ponerse en el lugar del otro, descentrar el egocentrismo de la propia subjetividad, cuesta más de lo que parece. En realidad hay dos clases de hombres: los justos que se creen pecadores, y los pecadores que se creen justos. Con frecuencia creemos estar en una de las dos categorías y estamos en la otra; desde luego, la equidad, el equilibrio en los dos platillos de la balanza no es tan fácil. En nosotros todo lo excusamos, y en los demás apenas nada; queremos vender caro y comprar barato. ¡Qué diferente es el corazón del justo! El corazón del justo ya no es suyo, pues él se coloca en el lugar de toda la humanidad. Ecuanimidad, honradez, justicia: hermosas palabras que el justo no sólo pronuncia con sus labios, sino que las alberga en su corazón y gestiona con su vida diaria.

Cuanto más justo, más responsable. Ni el justo, ni el genio, ni el santo confieren a nadie ningún derecho especial, pues la recompensa está en la virtud misma. Por lo demás, el genial Mozart tiene que pagar su pan igual que todo el mundo, y ni siquiera san Francisco de Asís ante un tribunal verdaderamente justo tendría más derechos que cualquier otro. Si el yo egoísta, centro de todo a costa de todos, resulta

incómodo para los demás, ya que éstos se sienten expulsados de su propio terreno, el yo del justo sería el reverso de esa tiranía, porque asume su carga, aunque se trate de una pesada y no le beneficie: vendes una casa después de haber vivido en ella durante años; es indudable que la conoces mejor que cualquier comprador potencial. ¿Hay que decirle que el vecino se embriaga y provoca desórdenes después de la media noche? ¿Que las paredes de la casa son húmedas en invierno? ¿Que las termitas han corroído la madera? La ley puede prescribirlo o ignorarlo, pero la justicia lo exige siempre. Se dirá que con esas exigencias sería difícil, o poco ventajoso, vender casas. Tal vez. ¿Dónde se ha visto que la justicia sea fácil o ventajosa? ¿Debemos entonces renunciar a nuestros intereses? No. Pero hay que someterse a la justicia, y no a la inversa. ¿Y si no lo hacemos? Entonces, contentate con ser rico y no intentes además ser justo.

¿Virtud heroica? En el caso de los impuestos, votar por un partido cuya firme intención es aumentarlos puede constituir un acto generoso cuando uno forma parte de la clase media o desahogada, acto que más que generoso será reputado como extravagante por muchos de los componentes de la clase media, o de sus medio componentes. Desgraciadamente, la ruindad no es patrimonio de la clase media, y no tardará en transigir con el fin quien esté dispuesto a transigir con los medios, y por eso no es cosa rara que uno venda su honor por lograr una distinción honorífica; sin embargo, la persona justa prefiere honra sin barcos que barcos sin honra. La persona justa nada contra corriente, y con frecuencia resulta incomprendida o marginada, pues la ruindad no se defiende por la razón, sino por la sinrazón e injusticia de los ruines, pues es bien sabido que la mala causa empeora con su defensa.

11. Treinta axiomas para una acción personalista en economía

I. Las personas poseen valor y por eso carecen de precio.

Las cosas tienen precio y por eso carecen de valor.

II. En el universo de las personas existen diferencias.

En el resto del universo rigen las desigualdades.

III. Las personas tienen para ser; a menos

tener, más ser.

Las cosas son para ser tenidas y retenidas.

IV. Economía de la persona: *nihil habentes, omnia possidentes* (2 Cor).

Economía del dinero: *pecuniae obediunt omnia* (Eccl, X).

V. El hombre espiritual hace casi superfluo lo necesario.

El hombre material hace casi necesario lo superfluo.

VI. Una economía personalista del don valora lo inútil.

Una economía impersonalista inutiliza cuanto valora.

VII. Tiende al optimismo el imaginativo.

Tiende al pesimismo el consumista.

VIII. Las mentalidades reicistas hacen negocio con el ocio.

Las personalistas hacen del negocio ocio.

IX. No se puede hacer economía a costa de las personas.

No se debe hacer economía sin las personas.

X. Una economía personalista pregunta: "¿quién eres?"

Una economía instrumentalizante inquires: "¿para qué sirves?"

XI. El trabajo hace al hombre hombre y a la mujer mujer.

El desempleo les para-liza y desam-para, sean hombre o mujer.

XII. El *homo* lo es, si *faber*.

El *homo* no lo es, si robot.

XIII. Capitalismo: hacer pobres desde la abundancia.

Seudo-comunismo: hacer pobres contra la abundancia.

XIV. Marginación: enfermedad yatrogénica del desarrollo.

Desarrollo: enfermedad marginante del subdesarrollo.

XV. Si quieres economía del Norte, aplasta la del Sur.

Si quieres la del Sur, socializa la del Norte.

XVI. Progresismo: huída hacia el futuro.

Oscurantismo: huída hacia la prehistoria.

XVII. La pobreza por la pobreza.

La riqueza por la riqueza. Dos caras de un mismo dilema.

XVIII. Contradicción en los términos: Estado de Bienestar.

Contradicción en los términos: paraíso del proletariado.

XIX: Si no piensas cómo vives, vivirás como no pensaste.

Si no vives como piensas, vivirás como no pensaste.

XX: *Si vis pacem para bellum*, dice el gorila. Y se lamenta luego de la *parabellum* nueve milímetros.

XXI. *Ora et labora*, dice el personalista.

Labora, labora, ora el capitalista.

XXII. Se posee lo que se comparte.

Parte lo que no se comparte.

XXIII. Del individuo a la comunión crece la persona.

Del individuo a la masa decrece.

XXIV. Persona: presencia amorosamente comunicada.

Animal: burócrata con moqueta y sillón al fondo, domina su territorio con la mirada y con la meada.

XXV. Muchos pobres lo son por causa de los ricos.

Los ricos lo son sin causa alguna: la propiedad es un lobo.

XXVI. Capitalismo: fábrica insegura de seguridades (*perversa securitas*).

Osemos musitar: ¡Derecho a la inseguridad!

XXVII. El zapping primero, luego la filosofía, dice el televidente.

No sólo de zapping vive el hombre, dice el vidente.

XXVIII. Todo hombre tiene derecho al mínimo salarial, afirma la economía de mínimos.

Nadie tiene derecho exclusivo al máximo salarial, asegura la economía de comunión.

XXIX. El nacionalismo protege mi economía diferencial, masculla el rico.

En Castilla nadie es más que nadie, asevera don Antonio Machado.